

La risa del capitalista y el final de las cenicientas improbables*[⊗]

Mónica Torres

Voy a trabajar sobre una película, por cierto bastante controvertida, que ganó la Palma de Oro en Cannes y que fue la gran ganadora de la noche de los Oscar 2024. A mí me gustó especialmente. Se trata de *Anora* que es, por lo menos, cuatro o cinco películas en una, y que es un *film* independiente –o *indie*, como se dice en inglés– de bajo presupuesto. Su director, Sean Baker, ganó cuatro Oscar esa noche, batiendo un récord: mejor director, mejor guión original, mejor edición y mejor película. Además, Mikey Madison ganó como mejor actriz, lo cual molestó a algunas sensibilidades, como siempre.

En realidad, no podemos decir que Sean Baker sea un desconocido para muchos de nosotros. No voy a hablar de todas sus películas –como por ejemplo, *The Florida Project*, *Tangerine*, *Red Rocket*–, pero podemos subrayar que en ellas siempre se trata de personajes marginales, con soluciones originales aunque siempre fallidas, como lo son todas las soluciones, pero soluciones al fin. Me gusta mucho su estilo. Pero, sobre todo, me gustó *Anora*, porque me parece un exponente de la civilización actual.

Punto uno: mujer bonita

Mikey Madison no es especialmente bonita. La descubrió Tarantino en la película *Érase una vez en Hollywood*, en la que Brad Pitt ganó el Oscar como mejor actor secundario. Ella hacía de una de las chicas del clan Manson, cuando Tarantino, como hizo en sus últimas gloriosas películas, da vuelta la historia e impide que maten a Sharon Tate. Otra actriz que surgió de ahí es Margaret Qualley.

En *Anora*, Ani –como se hace llamar– trabaja en un club de *striptease*. Se prostituye, sí, aunque a ella no le gusta ser presentada como prostituta, pues no se considera una, considera que hace bailes eróticos: eso no la turba ni la amarga.

De hecho, al recibir el Oscar la actriz agradeció a las trabajadoras sexuales que la ayudaron a crear su personaje, que tiene escenas de sexo muy explícitas. En la película, Ani se muestra alegre; hay una sola escena muy breve en esta primera parte donde se la ve cansada y queriendo dormir, pero es en su casa, no donde trabaja. En ella, la amiga con quien vive le pregunta si compró leche cuando ella está completamente tapada tratando de dormir, y contesta con algo de mal humor.

Punto dos: el cuento de la Cenicienta

Finalmente, aparece un personaje muy joven y muy hermoso. Debo decir que el actor que hizo el *casting* para ese papel, lo hizo desnudo porque dijo no tener ropa de rico para ponerse, y como el personaje está la mitad de la película desnudo, decidió

* Trabajo presentado en el Seminario *Enlaces* “Clínica de la civilización. El goce y el discurso”. Clase de apertura, 17 de marzo de 2025.

⊗ En la edición impresa de *Enlaces* n° 31 encontrará sobre esta misma temática el siguiente trabajo: “Entre el goce del Uno y el amor” de Claudia Bucini.

hacerlo así. En efecto, le dieron el papel. Me refiero a uno de los dos protagonistas rusos que hay, aparte de Anora. Él comienza teniendo sexo con ella en el club de *striptease*, y finalmente la invita a la mansión donde vive. Fue muy difícil para quienes hicieron el *casting* conseguir esa locación porque no tenían dinero para buscar una mansión rusa no habitada por oligarcas de dudosa procedencia. Pero, hete aquí que hay una casa así en Brooklyn que da a la playa, y ahí está filmada casi toda la película.

Tiene sexo con ella, porque no se puede decir que hacen el amor; incluso ella trata de enseñarle algo, como, por ejemplo, que lo haga más lento para que disfrute más, pero a él eso no le interesa. Lo suyo es el “goce del idiota”, como diría Lacan.

Sin embargo, como le resulta cómodo, o quizás porque le gusta ella, le paga diez mil dólares –una suma mínima para él– para que pasen una semana juntos. Ella acepta, no sin antes haber negociado. Él le dice: “Negociaste mal. Te hubiera pagado treinta mil”.

Se lo ve un poco tonto todo el tiempo. Como les decía, tienen sexo, pero él lo hace bastante mal. No está muy interesado en hacerla gozar ni alcanzar otro tipo de experiencia, solo el goce propio. En cuanto termina, agarra su jugueto electrónico y se pone a jugar como un niño frente al televisor gigante de la casa. En toda la película es un niño, bastante embobado y sin que ella lo perturbe demasiado.

Anora, por su parte, está completamente deslumbrada. Nunca vio una casa así. Incluso hay allí una fiesta de fin de año a la que lleva a una amiga suya –prostituta también–, y él invita a todos sus amigos, que son todos pobres, como uno descubre después.

Consumen drogas, toman mucho alcohol. En medio de esa semana de ensueño, una amiga dice que la mejor *ketamina* que probó fue en Las Vegas, y él responde: “Bueno, nos vamos todos a Las Vegas”, los sube en un *jet* privado y viajan allí a divertirse y dilapidar el dinero de Víctor Sakarov, que, por supuesto, no es suyo, sino de sus padres.

En uno de esos maravillosos momentos, él le propone casamiento. La ingenuidad de ella se sostiene durante casi toda la película. Él trata de fundamentarlo: le dice que la ama, que quiere casarse con ella, pero además que necesita casarse, porque sus padres lo van a hacer volver a Rusia. Fue enviado a Estados Unidos a estudiar, pero no lo está haciendo. Si se casa con una norteamericana como ella, no tendría que volver a Rusia, ya que hay un acuerdo entre ambos países. La película también se adelanta en ese sentido. Entonces, si obtiene la nacionalidad, evitaría volver. Ella acepta sin titubear demasiado. Le pide un anillo de cuatro quilates, lo cual será importante más adelante. ¿Lo ama? ¿Lo amaría sin dinero? Seguramente no. De hecho, le dice a una amiga que sueña con una luna de miel en Disney, donde podría ver a la Cenicienta. Eso es lo que soñaba de niña, y siente que le está ocurriendo en la vida real.

Vuelven. Ella va al prostíbulo, muestra el anillo y dice que se va a vivir con él. Todas sus amigas están encantadas, excepto una, que le dice con envidia: “En dos semanas te espero de vuelta”.

Punto tres: la irrupción – la *road movie*

A Víctor lo cuidan dos guardaespaldas armenios, grandes, algo ridículos y un tanto tragicómicos. Uno de ellos, Toro, es quien manda; el otro es su hermano. En el momento en que suena el teléfono de Toro –es una llamada de los padres de Víctor, que se han enterado por los diarios que se ha casado–, está en una iglesia ortodoxa,

oficiando de padrino en un bautismo. Por supuesto, deja bebé, iglesia, padres, todo... y sale a atender la llamada. Es su medio de vida.

Va con su hermano a la casa donde están Anora y Víctor, por supuesto, teniendo sexo otra vez. Los interrumpen. Él trata de echarlos, ellos insisten. Finalmente, abren un poco la puerta y le dicen que los padres vienen en camino. Ella empieza a gritar, con la boca abierta de par en par, imposible de cerrar. Él le dice “vestite”, pues ella no tiene los pantalones puestos. Mientras sube a ponérselos, él huye.

Anora queda con los dos guardaespaldas armenios y un tercer personaje que uno de ellos pasó a buscar: un hombre callado y silencioso, de origen ruso, que tendrá un rol importante en la historia. Aquí empieza otra película, mucho más oscura; es la primera vez que aparece realmente la oscuridad en la narración, desde ese mediodía hasta la mañana siguiente.

Ella primero arma una gran escena: grita, patatea, rompe muebles y objetos caros de la casa. Entonces deben atarle las manos con el cable de un teléfono. Como no deja de gritar, finalmente le cubren la boca. Es este ruso, Igor –el personaje silencioso– quien la sostiene con fuerza, pero sin violencia. La inmoviliza más bien para que no se lastime.

Anora quiere irse pero debe quedarse allí porque va a tener que firmar la anulación del matrimonio, que es lo que desean los padres rusos, que vienen en avión directo. Finalmente, ella accede a quedarse cuando le dicen que irán a buscar a Víctor. Está convencida de que, cuando lo encuentren, él va a declarar que la ama y va a defender el matrimonio. Está absolutamente convencida con una ternura que conmueve, pero también con firmeza; en una escena, le quiebra la nariz a uno de los armenios a patadas.

El único que logra calmarla, sin dejar de atarla pero con cierta dulzura, es Igor, este tercer personaje que –hasta ahora– ha sido muy callado. Es el único que muestra algún sentimiento hacia Anora.

Los armenios van a buscar a Víctor que está desaparecido. Anora, porque cree en el amor de él, lo busca en las casas de todos sus amigos pobres. Por supuesto, no lo encuentran. Pero ella sigue convencida y repite: “ya va a aparecer, ya les va a decir cuánto me quiere”. Cree firmemente en eso. Cree que el matrimonio es válido, que se casaron por amor, que todo tiene sentido.

Esa noche de pesadilla continúa con los cuatro en el coche: los armenios, Igor y Anora. Hay episodios que podrían resultar cómicos, si no fuera porque ella está sufriendo.

En un momento, una amiga del club la llama para avisarle que Víctor está allí, acostándose con la única enemiga que ella tenía en el prostíbulo. Eso es una verdadera puñalada.

Van al club y allí lo encuentran. La pelirroja, su enemiga, se burla de ella. Se pelean. Anora le araña la cara, le pega. No importa: Anora sigue peleando, peleando y peleando.

Finalmente, salen del club con Víctor, totalmente borracho y la enemiga, burlona, le dice: “Pasaron exactamente las dos semanas”.

Y de allí van directo a los tribunales de Nueva York para anular el matrimonio. Pero la torpeza de los guardaespaldas es total: quieren anular el matrimonio en Nueva York cuando se realizó en Las Vegas. El juez, que estaba comprado, por supuesto, tiene que informarles que no pueden anular en Nueva York un matrimonio realizado en Las Vegas, tienen que ir allá.

Punto cuatro: “El salame de mamá” y la risa del capitalista

“El salame de mamá” es una expresión que usaba Oscar Masotta para enseñar. Graciela Musachi –con quien hablé bastante sobre esta película, porque también va a hablar de ella en otro espacio– coincidió conmigo: ambas recordamos esa expresión, que nos pareció perfecta para este personaje.

Masotta la usaba para referirse a esos varones que eran “el falo de mamá”, una especie de Juanito. Decía: “Ese es el salame de mamá”. Ambas fuimos alumnas suyas y nos acordamos claramente de ese comentario.

En cuanto llega el avión desde Rusia se ve con claridad que quien manda es la matriarca rusa. El padre no tiene ninguna importancia para nadie. Víctor le teme a la madre; apenas ella aparece, él queda absolutamente subordinado.

Cuando tienen que irse a Las Vegas y Anora se quiere presentar ante la madre, Víctor le dice “Decile vos”, y luego le lanza: “Claro que vas a tener que firmar. No seas estúpida”. Ahí comienza el desmoronamiento. No el de Anora –ni todavía, ni nunca–, sino el del castillo de fantasía.

Cuando por fin llegan al juzgado en Las Vegas, Anora debe firmar presionada por la matriarca, quien la ha amenazado con todo tipo de consecuencias. Esta mujer es claramente una oligarca rusa, con mucho dinero, negocios turbios y conexiones en Brooklyn y en Nueva York.

Se produce entonces un enfrentamiento entre las dos únicas valientes de la historia: Anora y la madre de Víctor. Pero Anora lo es más, grita más fuerte, le arroja el tapado de marta cibelina por la cabeza, porque ya no le importan los bienes materiales, lo hace para demostrarle que no se trata de eso. La insulta, la maldice. Todo esto provoca un estallido de risa del padre, que festeja por fin que alguien sea capaz de responderle de igual a igual a su mujer. De ahí el subtítulo “el salame de mamá” o “la risa del capitalista”.

Todos le temen a esta mujer: los guardaespaldas, el marido, el hijo, todos, menos Anora, y eso es lo que al padre le causa muchísima gracia, no deja de reírse en esa escena, es muy destacable.

Pero Anora no se muestra vencida. Vuelve con Igor, el ruso silencioso, de quien no se sabe siquiera si es un empleado. Siente mucha pena y ternura por ella. Por ejemplo, en el avión de regreso –porque los otros se van en el *jet* privado y a ellos los envían en un avión común– ella duerme sin abrigo, y él la tapa con una frazada. Siempre ha estado desabrigada, en todos los sentidos. Desamparada.

Cuando llegan a la casa, se ponen a ver televisión. Él intenta conversar, pero ella sigue demasiado furiosa; él trata de acercarse con ternura, incluso busca el significado de su nombre: “Anora significa brillante, por ejemplo, fruta brillante”. Ella no responde. Le grita, se enfurece y le dice: “Vos lo que querías era violarme”. Él responde: “Yo no te quería violar”.

Ella habla mal ruso. Él habla mal inglés. Ambos, como se revelará, tienen una abuela rusa.

Cuando él le dice que nunca la violaría, ella le lanza, “entonces sos un marica”. Para ella, solo existen dos categorías de hombres: los violadores y los maricas.

Esa noche, ella vuelve a dormir entre las sábanas rojas de seda mientras él duerme abajo.

A la mañana siguiente, Anora hace sus bolsos y sube al auto de Igor. El auto es pobre. Ella, con desprecio, le pregunta: “¿De dónde sacaste este auto?” Y él le responde: “Es el auto de mi abuela rusa”.

Recordarán que ella también sabe ruso por su abuela. Hasta ese momento, Anora se mantiene firme. Pero cuando él la lleva hasta la puerta de una casita de madera –muy lejos de la mansión de los oligarcas–, la llama y entonces ocurre algo inesperado: él le da un presente. Es el anillo que Víctor le había dado como regalo de compromiso y es un anillo muy, muy caro. Eso es algo que Anora no espera recibir de alguien pobre como ella, que podría habérselo quedado y no lo hizo. Ella, sin saber cómo responder, recurre a lo único que conoce: intenta pagarle teniendo sexo. Pero no logra ni siquiera excitarse. Se escupe las manos para intentarlo, pero no puede. Él, tampoco. Entonces él la toma de las manos, le sostiene la cara con ambas manos... y es la primera vez que Anora se quiebra. Se pone a llorar como una niña.

Fin de la película

Ustedes me dirán: no podemos saber qué pasará después. Uno puede tener sus ensoñaciones. Pero esta es la única vez en que a ella la abrazan. Y ella rompe en llanto. Quizás alguien, allí, sepa cómo decir “basta”. Ese “basta” lo dice él, al entregarle lo que le entrega.

Como les decía, el nombre Anora no solo quiere decir “luz” o “brillante”, sino también “honor”.

Hay la risa del capitalista, y hay también el final de estas cienientas improbables. Pero alguien la nombra, alguien busca el significado de su nombre. Alguien se humaniza y la humaniza, cuando ya no queda nada, cuando ya no da más, cuando la humillación, el desdén y el maltrato de los magnates que lo compran todo no la destruyen. Y tampoco a él.

Nos preguntamos: ¿seguirá siendo Ani en el prostíbulo? ¿O habrá lugar para Anora? No hay más que esa escena para ser un poco optimistas.

Me gustaría terminar sobre esa esperanza, con la frase de una canción que aparece en otra de las películas nominadas al Oscar. La interpretó por primera vez Joan Baez en sus comienzos, en tiempos del folk y la escribió Bob Dylan. Y dice –lo diré en español, porque es una canción de protesta–:

*¿Cuántos caminos debe recorrer un hombre
antes de que lo llamen hombre?
¿Cuántos mares debe navegar una paloma blanca
antes de dormir en la arena?
Sí, ¿y cuántas veces deben volar las balas de cañón
antes de que las prohíban para siempre?*

Y yo agrego:
“¿Cuándo dejarán de morir los sueños de las cienientas en manos de magnates rusos?”
Y el estribillo repite: “*La respuesta, amigo mío, está flotando en el viento*”. No estoy tan segura de que siga flotando en el viento. Cada uno tomará su decisión al respecto.

*Desgrabación: Matilda Candia
Establecimiento: Blanca Sánchez
Versión revisada por la autora*

Bibliografía

- Lacan, J., *El Seminario, Libro 20, Aún*, Paidós, Buenos Aires, 1999.
Lacan, J., “Televisión”, *Otros escritos*, Paidós, Buenos Aires, 2012.
Dylan, B., “La respuesta está flotando en el viento” (“*Blowin’ in the win*”), 1962.
Anora, Sean Baker, Estados Unidos, 2024.